

# La persona en los tiempos del cólera

Mariano Moreno Villa

Filósofo y Teólogo. Miembro del Instituto E. Mounier.

**1. Tiempos de crisis.** Desde hace milenios es muy difícil encontrar tiempos donde el hombre, la persona, no haya estado en crisis. De hecho, la inevitable ósmosis que existe entre el hombre y la sociedad hace que o el uno o la otra, o los dos simultáneamente, sufran y hayan sufrido grandes convulsiones que zarandean su deseado y a veces enfermizo e infantil deseo de quietud y tranquilidad. Pues no perdamos de vista que el sosiego no es siempre sinónimo de la paz, ya que se puede tener paz en medio de la agitación, y se puede estar quieto mientras se rebosa desasosiego.

En la historia humana el tránsito de una época a otra siempre ha conllevado una crisis, que se extiende a la mayoría de las convicciones y creencias humanas. Y más todavía hoy, tiempos de fin de milenio, cuando la historia parece caminar muy deprisa, incluso desafortadamente. Muchas veces –si pensamos optimistamente– han sido crisis de crecimiento, crisis para un mayor progreso en lo humano. Otras veces –si pensamos pesimistamente– han sido crisis de retroceso en los valores verdaderamente superiores. Pero, como sostiene Laín Entralgo, el personalista ni es un optimista ingenuo que afirma que todo marcha magníficamente y que estamos en el mejor de los mundos posibles –como sostenía el racionalista Leibniz–, ni es un pesimista que piensa que la cosa no puede ir peor. El personalista, el que cree firmemente en la dignidad excelsa de la persona humana, siempre piensa y actúa como quien sostiene que la persona tiene ante sí un

presente y un futuro que puede ser el que ella se labre; el personalista es, esencialmente, un hombre esperanzado, y ello no sólo atendiendo a la dignidad de la persona, sino también –al menos en mi caso– como quien afirma que su Padre Eterno le ama incondicionalmente y le da fuerzas para transfigurar su vida atendiendo al modelo de hombre de su Hijo Unigénito, pues sólo Dios puede ser tan hombre.

Pero hoy, cuando la posmodernidad norcéntrica repudia de la idea de progreso, la crisis en la que nos hallamos es espasmódica y vertiginosa, y pocos vislumbran una posible solución. Aunque advirtamos nosotros, personalistas y no posmodernos, que es radicalmente falso que toda la humanidad sea posmoderna; y si alguien lo duda y no está cegado sólo debe darse una vuelta por América Latina, por casi toda África, por la mayoría de Asia e incluso los países del Este de Europa.

La crisis de lo personal, lo comunitario y lo social revista hoy múltiples factores: crisis de creencias, de convicciones, de optimismo, de esperanza, etc., crisis que afecta a las instituciones políticas, pedagógicas, internacionales, y de cualquier otro sesgo. Bastante tendremos con considerar, y ello a grandes brochazos, la crisis que amenaza a la persona, en nuestros coléricos y convulsivos tiempos, donde sólo el prepotente neocapitalismo, con sus aliados: el neoliberalismo, el individualismo, el consumismo, el materialismo y el hedonismo del aquí y el ahora, pretenden presentarse ideológicamente como el final de la historia, como el

término de toda crisis, como la resolución definitiva a los problemas de los hombres en sociedad, como el único pensamiento posible y la única praxis factible. Y quien no admita esto es visto o como un imbécil o como un iluso.

Pero como ninguna sociedad puede pervivir durante mucho tiempo sin creencias y sin dogmas, nuestra sociedad ha construido sus nuevas creencias. Los nuevos dogmas creenciales de los tiempos del cólera son el individualismo, el consumismo, el colectivismo anónimo, la insolidaridad, la infraternidad, el confort, etc.; precisamente los mayores adversarios del personalismo comunitario. Y he aquí, entonces, dónde debe arrancar la crítica que el pensamiento personalista y comunitario debe realizar al actual desorden establecido, no sólo con la mirada puesta en las sociedades actuales, sino también hacia la persona en nuestros días. Y precisamente esa mirada que debemos realizar hacia lo humano y hacia lo social, o mejor, hacia lo personal y hacia lo comunitario, debemos realizarla teórica y prácticamente teniendo nuestra mirada puesta en el rostro de la persona sufriente, sea del Norte o del Sur; y en mi caso, también con la mirada puesta hacia la Altura y hacia la Hondura, hacia el Otro Absoluto, el que se hizo carne sufriente y cuya epifanía es descubierta en el rostro de cualquier persona.

**2. Crisis de la teoría y de la praxis.** Aunque a algunos no se lo parezca, todavía está por dilucidar lo que es hoy la persona; y no ya porque a ni-

## Filosofía para un tiempo de crisis

vel teórico no hayamos especulado lo suficiente sobre ello –aunque el desafío del pensamiento es siempre permanente–, sino también porque a la persona no le basta con saber lo que es –que tampoco lo sabe acabadamente el hombre de hoy–, sino porque el ser persona lleva inscrito un inexcusable componente prático y ético. Y éste es uno de los retos más urgentes de nuestros tiempos, porque la persona no es sólo la dilucidación de un concepto, sino básicamente una *tarea* y una *opción comprometida*, todavía pendiente en los tiempos donde un difuso deísmo ingenuo ha dado paso al ateísmo dogmático y éste ha dejado paso a su sucedáneo posmoderno: el consumismo del sujeto debilitado, por mor del neocapitalismo igualmente dogmático y endiosado. El consumismo *individualista de masas* del Norte se ha convertido en el motor de la historia, dirigida por el solipsismo que los saciados nortefños, esos vacíos, *carentes y hastiados poseedores* de la mayor parte de los bienes de consumo tienen de sí, replegándose hacia sí mismos y rehusando volver su rostro hacia el Otro que es el Sur, hacia las personas empobrecidas, sufrientes y famélicas de hoy, los tiempos del cólera de la hambruna de enormes masas humanas, que como «nadies» ambulantes arrastran su humanidad sobre la tierra, en unas proporciones pocas veces conocidas por la historia, para vergüenza nuestra.

**3. El vértigo de lo humano.** El hombre de los tiempos de la era tecnológica quiere poseer muchas respuestas, pero no dispone de tiempo ni de ganas para hacerse las preguntas oportunas. Todas las respuestas que el hombre se puede dar hoy sobre sí son parciales e inocuas, y no le afectan íntimamente. Quiere responderse sin preguntarse, o, en todo caso, quiere ser respondido, pretende que sean otros los que le respondan, pero sin él preguntarse adecuadamente. Quiere ser solidario, pero sin desposeerse de su egoísmo; quisiera no vivir en una sociedad injusta y salpicada por múltiples corrupciones, pero no está dispuesto a rea-

lizar una renovación de sí mismo ni una conversión a los valores superiores; se lamenta de que todavía la mayoría de los hombres vivan en la miseria, pero no deja de arrojarle ciegamente a un consumismo irracional y suicida; exige para sí un respeto hacia su propia dignidad, e incluso hacia sus pequeñas y burguesas opciones existenciales, pero no está dispuesto a asumir fidelidades que comprometan toda su existencia; se fabrica diosillos que ni les salvan, ni les exigen nada, fetiches contruidos para un consumo subespiritual propio de subhombres, más parientes de los sinánthropos que de verdaderos hombres.

**4. La persona desorientada y la crisis de lo comunitario.** Que la sociedad viva en una crisis de enorme magnitud pocos lo niegan. Y como la cultura es la epifanía de sus hacedores, los hombres, y a su vez éstos son epifanía de su cultura, la mutua crisis afecta tanto a la persona individual como a la colectividad humana. De este modo, el hombre de nuestros tiempos está *descentrado*, *dernortado* y *des-surado*. No sabe dónde se encuentra, porque ha perdido de vista su origen, su *Sur*, es decir, que no se debe a sí mismo su existencia, que es esencialmente contingente y menesteroso, pese a poseer dignidad como persona. También ignora hacia dónde se encamina, desconocedor de su verdadero *Norte*, que no es la muerte definitiva, sino la vida propia del Dios Eterno. Pero su mirada, en lugar de alzarse hasta las estrellas, se estrella en fríos edificios de cemento, liliputienses torres de Babel erigidas con la intención de dominar la tierra y

que posibilitan que sus *creadores* se *crean* endiosados, haciéndoles pensar que serían dioses si logran acumular un cada vez mayor poder corruptor, un vanal prestigio ante gentes que les envidian y no les aman, y una riqueza tan estéril como vacuante. Al ignorar y ni siquiera plantearse ni su *Sur* ni su *Norte*, la persona está hoy *descentrada*, no sabe dónde está, siempre moviéndose de un lado para otro, apretujada por los quehaceres y por las masas acorderadas, consolándose sólo ante el yermo tacto del plástico de sus tarjetas de crédito, llaves frías que les permiten, a un alto precio, el acceso a esos templos de férreo corazón que son los bancos y las cajas de endeudamiento, aras erigidas en honor de Mammón, ese cruel amo que exige siempre sangre para seguir *viviéndose* en los hombres. Sin embargo, para el creyente en Jesucristo, su *Norte* no es el geopolítico ni el económico ni el cultural, sino que es Dios; y su *Sur*, sus hermanos sufrientes, habitantes por lo general del *Sur* geoestratégico –aunque no sólo de allí, pues sus prójimos no son sólo quienes están próximos a él, sino también todos aquellos a quienes nos podemos aproximar, y éstos siempre son multitud–. Si Dios se ha hecho prójimo del hombre, el camino del sentido del hombre es la proximidad hacia sus hermanos; y todos los hombres estamos llamados a ser hermanos desde que Dios se hizo hermano nuestro.

**5. Apresurados hacia ninguna parte.** Los teóricos de la crisis han coincidido, a grandes rasgos, en la contraposición entre unas épocas de tranquilidad, de normalidad, tiempos «orgánicos», etcétera, y otras épocas de crisis, de luchas, de antagonismos e incluso de revolución. Y supuestamente, superada la crisis, abocaríamos a un nuevo tiempo de serenidad y de una cierta uniformidad en las creencias aglutinantes de lo social. Pero no sucede así en nuestros días, donde el tiempo se ha acelerado vertiginosamente y el espacio se ha acortado. El hombre de nuestros días vive estancado en una crisis permanente, hasta el punto en que parece

## Filosofía para un tiempo de crisis

que no haya ninguna brecha de escapatoria del vértigo vital; incluso ha hecho de la constante crisis un objeto de su consumo estético. El hombre, animal de costumbres y de adaptación, se ha acomodado a vivir en una especie de crisis perpetua y sin esperanza, de forma que vive, pero sin saber para qué; trabaja, pero no para construir un mundo mejor, sino para amoldarse al mero sobrevivir y para hacerlo de la forma más confortable posible: pertrechado en su salón y con el mando a distancia del televisor en su mano, se cree informado y poseedor de un poderío que, lejos de engrandecerle, le mengua como persona. El repliegue individualista en el aparente confort de lo material es la mayor esclavitud del hombre de nuestro final de siglo. Hoy al hombre le sucede lo que cantaba aquella canción del rock de hace unos decenios: «*Voy a tope, voy a tope; no tengo ni p... idea de hacia dónde voy, pero voy a tope*». Va a tope, se desliza frenéticamente, pero no sabe hacia dónde y, lo que es peor, tampoco parece importarle demasiado. Sólo queda el hoy, y en concreto, este preciso instante: disfruta, no importa a costa de lo que sea. Éste es el mensaje pedagógico que ofrece nuestra sociedad desquiciada al nórdico hombre de nuestros días y ésta es la ideología que están introyectando dentro de sí muchos de los habitantes del Sur, merced a la propaganda de tan perverso e inhumano Sistema.

**6. La crisis de la persona.** Referirnos a la crisis de la persona en estos tiempos del cólera nos obliga a examinar su situación deteniéndonos en los principales «momentos» o niveles propios de la esencia de lo personal.

**6.1. Crisis de la interioridad.** La interioridad es un constitutivo esencial de la persona. La persona, que es por sí misma esencia relacional, y, por ende, comunitaria, también se puede relacionar consigo misma. E incluso debe hacerlo de forma inexorable, so pena de vivir no ya sólo una vida inauténtica (Heidegger), sino incluso esquizofrenizada, como si su vida fuera la vida de otro y no la suya propia. Pero hoy todo trans-

curre tan deprisa en el exterior y en nuestro interior, que también el vértigo se ha adueñado de nuestra honddura. No disponemos de tiempo para la soledad enriquecedora, para preguntarnos por nosotros mismos, por nuestra vocación, por el grado de adhesión de nuestras fidelidades, por cómo nos percibimos a nosotros mismos si nos echamos una mirada.

**6.2. Crisis de la alteridad.** El hombre como persona se autopercebe como saliendo de su interioridad hacia el mundo del Otro personal. En nuestra relación con las otras personas nos va a nosotros nuestro ser personal. Pero a menudo el Otro es visto, en lugar de como un hermano, como un socio, o incluso como un adversario, o como un personal instrumento para nuestros propósitos, con su correspondiente cosificación. Pero si en la relación con el Otro como persona yo le hago crecer al Otro y el Otro me enriquece personalmente a mí, cuando me relaciono con un otro objetual o cosificado, entonces, además de realizar sobre él una injusticia, también me frustro yo mismo, pues mi relación con un objeto me cosifica en lugar de personificarme.

**6.3. Crisis de las cosas-objeto.** La persona no se puede relacionar con una cosa; en todo caso puede referirse a ella, pero no puede esperar de ella respuesta alguna, pues no son sujetos, sino meros objetos desposeídos de sí. Pero el hombre de hoy espera hallar felicidad en su «relación» con las cosas, espera lograr que los instrumentos le otorguen una dicha con su posesión. Y, una vez logrado, sólo obtiene como resultado un vacío, acrecentado cada vez más cuanto más lleno está de esos artefactos

ante los que se extasia: aparatos electrodomésticos, un automóvil, dinero, etc, que siempre otorgan mucho menos de lo que espera encontrar en ellos. La escatología de lo instrumental es la gran falacia y la gran mentira de nuestro final de siglo, en las sociedades «avanzadas» –porque disponen de esos utensilios– como de las «subdesarrolladas» –porque los desean–.

**6.4. Crisis de la Trascendencia.** Cuando la persona no está encegada, ni está endiosada, ni tiene un carácter patológico, se percibe a sí misma como no poseyendo en sí la causa de su existir último, sino como debiendo su existencia, lo mismo que todos los seres, a un Ser primero que sea otorgador incondicionado de la vida humana y de su sentido. La persona hoy ha olvidado que es tensión entre *lo que se es* (lo recibido en su origen), *lo que se puede ser* (el proyecto vital), *lo que se debe ser* (en la imperativa opción hacia los Otros y hacia nosotros), *lo que se quiere llegar a ser* (explayando nuestras potencialidades) y *lo que se espera llegar a ser* (gracias al Otro Absoluto). En definitiva, la persona hoy, en su *endiosamiento*, no tiene ojos para mirar a lo Alto (hacia Dios); en su *vida vertiginosa* desquiciada no dispone de tiempo ni se atreve a mirar hacia lo Hondo (hacia su intimidad); y en su egoísmo no tiene la *generosidad* de mirar hacia lo Ancho (hacia los Otros, a los hermanos).

**7. Crisis de fraternidad.** Los valores de la Revolución de 1789 y de la plasmación de los Derechos del Hombre –no sólo desde 1948– han ido mostrando, en el transcurrir de la historia de las dos últimas centurias, la dejación de la fraternidad. Esos valores, surgidos de la burguesía, nunca han dejado de ser burgueses para convertirse verdaderamente en personalistas. La *igualdad* desembocó en igualitarismo de unos pocos y en el olvido de los muchos; la *libertad* ha olvidado su componente de compromiso y ha devenido individualismo castrante de lo comunitario; y el otro gran valor, la *fraternidad*, ha desaparecido casi

## Filosofía para un tiempo de crisis

por completo y ha sido sustituida por un valor de mínimos, la *solidaridad*, que, sin dejar por ello de ser un valor, no compromete hacia el bien del otro con el mismo empuje que cuando consideramos al hombre como un hermano. Desde esta perspectiva, una de las tareas primarias y fundamentales del hombre de nuestros tiempos del cólera ausentes de fraternidad consiste en descubrir los verdaderos problemas que nos amenazan. Ortega decía: «*el español no sabe lo que le pasa, y eso es precisamente lo que le pasa*». Pero lo que le pasa hoy al hombre de nuestros días, particularmente al que se considera un *beatus possidens* del Norte, ni lo sabe ni parece importarle saberlo: no tiene tiempo para detenerse a pensarlo, ni para encarar el problema de su existencia una vez descubierto, ni dispone de fuerzas para superarlo, comprometiendo en ello todo su vigor y su existencia toda.

A muchos nos parece una obscuridad vivir en una sociedad que no sólo produce una enorme cantidad de bienes y alimentos que son destinados al estercolero –sin que nadie se digna elevar su voz lo suficiente ni a trabajar lo necesario para evitarlo–, sino también que sirven para producir el desnortado nórdico *homo panzudus et grasientus* de nuestros días, de tal forma que mientras que una mayoría de la humanidad lucha por no morir de inanición, millones de personas se apuntan a gimnasios para reducir cartucheras, aligerar michelines o marcar unos musculitos para encandilar a las adolescentes en las piscinas, o también luchando encarnizadamente por vencer esa odiosa espinita que acaba de salirle a alguien en la punta de su nariz. He aquí la actual odiosa crisis del debilitado hombre de la posmodernidad, y esos son algunas de sus más heroicas empresas que ocupan su tiempo y su interés.

**8. Por un personalismo metanóico.** El personalismo comunitario muestra que la filosofía puede y debe ser *exhortativa*, instigadora a la conversión personal y a la asunción de

compromisos liberadores y personalizantes. Por eso, si pierde de vista su misión *metanóica*, se convertirá, en el mejor de los casos, sólo en un pensar para filósofos, un pensamiento del pensamiento, una yuxtaposición conceptual mejor o peor encolada, pero que a la persona actual ni le dirá nada ni le empujara hacia nada. Será una *filosofía para los filósofos*, como dijera Kant, y quizás ni siquiera eso.

Pero el personalismo comunitario no puede pretender retraerse hacia el fondo de la propia conciencia para salir de allí con el trofeo de una verdad incuestionable que le convierta a uno en filósofo con un diploma para colgar de su despacho. Para el personalista la persona no es simplemente un sujeto cognoscente, como para el idealismo en cualquiera de sus formas; ni es un sujeto existente que se arrastra por una vida que le asfixia, como para el existencialismo pesimista; ni es un individuo entre la masa, accidente aritmético que puede ser sustituido por otro número; ni es un consumidor como lo considera el neocapitalismo, sino que es el ser más digno de la creación. De este modo, la mayor calidad *filosófica* del personalismo comunitario no vendrá dada cuando logremos poner en negro sobre blanco gruesos volúmenes descriptivos o analíticos sobre la consistencia del ser personal, sino cuando, manchándonos de nuestro barro, nos apliquemos a bregar *filosóficamente*, más todavía, *agápicamente*, en favor de todos los otros, nos sean prójimos o ajenos, pues no existe extranjería ni ajenedad para quien ama al hombre y encuentra el motor de su vida en la

diaconía. Así pues, el objetivo del pensamiento personalista no es hacer filósofos, sino pensar, exhortar y crear un nuevo tipo de persona, mostrando y ofreciendo una verdad más alta que la gnoseológica, aquella que se encuentra en la defensa de la dignidad de la persona, perceptible como dato inmediato e incluso prerreflexivo en el rostro sufrido del otro, cuya voz entrecortada nos interpela a luchar en pos de su liberación. Y, sin dejarnos arrastrar por un mesianismo sospechoso por camuflador, pensamos que hace más de tres mil años resonaron en pleno desierto unas palabras que todavía hoy podemos escuchar si nos disponemos adecuadamente para ello: «He visto la miseria de mi pueblo en Egipto. He oído el grito que le arranca su sufrimiento y conozco su dolor» (Ex 3, 7-8). Por tanto, allí donde el hombre sufre y es oprimido, allí donde no es tratado como su dignidad merece, un pensar no encubridor ni alienador será necesariamente personalista, defensor de los derechos del Otro. Y para evitar caer en el peor de los vicios, el más detestable, a saber: convertir el dolor del prójimo y su vacío en un *tema* para la pura especulación filosófica, como si el ocio reflexivo fuera un fin en sí mismo, olvidando que no hay más fin en sí que la persona y su dignidad. Por tanto, no nos es lícito pensar sobre el sufrimiento del otro, ni nos está permitido siquiera reflexionar sobre la crisis de la persona, si no estamos dispuestos a poner todas nuestras fuerzas en la praxis por su liberación, por su dignificación, de tal forma que, entonces, incluso nuestra potencia reflexiva y nuestra sutileza intelectual sirvan como motor para la acción concreta en defensa del Otro. Es inmoral pensar sobre el dolor del Otro si no estamos dispuestos a eliminarlo, a aliviarlo o, cuando menos, a compadecerlo con él. De esta forma, la reflexión personalista y comunitaria tiene su espada de Damocles no en la ortodoxia de un pensar, sino en la *ortopraxis* de nuestro compromiso. Y, en esto, todavía tenemos la tarea pendiente.